



William Osuna



Carta al Presidente de los Estados Unidos de América



Fondo Editorial Fundarte



**Alcaldía
de Caracas**

Érika Farías
Alcaldesa

María Isabella Godoy
Presidenta de Fundarte

Secretaria General
Elitany Raga

Gerente de Publicaciones
José Leonardo Riera Bravo

Fundación para la Cultura y las Artes, 2019

Carta al Señor Presidente de los Estados Unidos de América
©William Osuna

Al cuidado de: ÁNGEL MALAVÉ
Corrección de textos: XIMENA HURTADO YARZA
Diagramación y diseño: JENNIFER CEBALLOS

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: DCDC2019001675
ISBN: 978-980-253-749-5

FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,
Piso Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa
Zona Postal 1010 Distrito Capital, Caracas-Venezuela
Teléfonos: 0212-541-70-77 / 0212-542-45-54
Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com
Gerencia de Publicaciones y Ediciones

**Carta al Señor Presidente
de los Estados Unidos de América**





Le digo señor para que se mire en el espejo, anude su corbata, vea mundos varios y acomode sus palos de golf.



Afuera arden los pots de basura. Sé que en casa, alguien, quién lo sabe, le ordena el garaje, las herramientas, asegura los peldaños de la escalera de incendios, refuerza los cables de acero, cuida de sus mapas.



Se está evaluando la escena del crimen: Jesse James no fue el que robó nuestro dinero y nuestros tambores de gasolina; el picahielo, la máscara antigás, los tubos de pólvora son de usted, el perro lo descubrió en un armario de su despacho.

Un día de estos Broderick Crawford vendrá en su Buick 55 y le pondrá los ganchos.

Dedos de Oro barnizó en dorado las chimeneas de Londres, la bacinilla de la reina; el resto la rapiña lo depositó en el Banco de Inglaterra.



Usted nos amenaza con el exterminio, triturarnos con su ejército de aguas negras, no se atreva.

Los jinetes de la muerte romperán sus anillos contra el cielo de Washington.

La gran nación de poetas, cantores y beisbolistas apagará su luz por el resto de sus días. Las rocolas de Las Vegas se volverán polvo en el desierto. No más peluca ni lacas en el cabello.

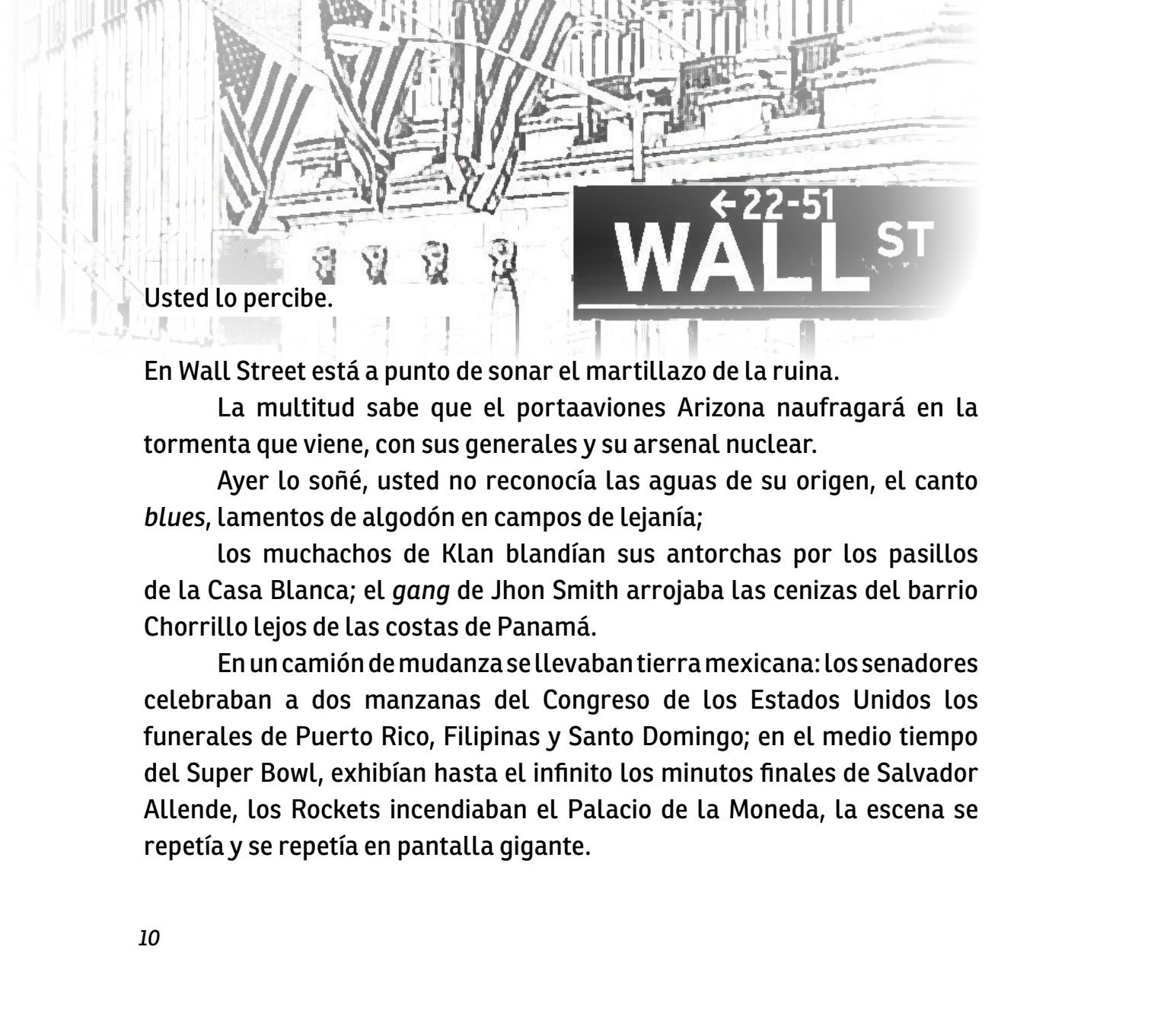
Observe:

En la calle las manchas de aceite
reflejan los enormes edificios, pasa el águila
americana, el gran circo.

Los muchachos partieron temprano en sus carros de
guerra, cantan a las estrellas y a un sol rojo de vivo alacrán.

Mañana matarán, morirán, regresarán como medalla o bolsa plástica.
Las trompetas quebrarán los rincones del silencio, una mano se
enlazará a otra mano.

El sol bajará a beber agua en un extremo del espejo.
Donde florecen los lirios, se esparcirá el aroma de
la campanita y el pájaro de múltiples colores
cantará sobre la piedra blanca.



Usted lo percibe.

En Wall Street está a punto de sonar el martillazo de la ruina.

La multitud sabe que el portaaviones Arizona naufragará en la tormenta que viene, con sus generales y su arsenal nuclear.

Ayer lo soñé, usted no reconocía las aguas de su origen, el canto *blues*, lamentos de algodón en campos de lejanía;

los muchachos de Klan blandían sus antorchas por los pasillos de la Casa Blanca; el *gang* de Jhon Smith arrojaba las cenizas del barrio Chorrillo lejos de las costas de Panamá.

En un camión de mudanza se llevaban tierra mexicana: los senadores celebraban a dos manzanas del Congreso de los Estados Unidos los funerales de Puerto Rico, Filipinas y Santo Domingo; en el medio tiempo del Super Bowl, exhibían hasta el infinito los minutos finales de Salvador Allende, los Rockets incendiaban el Palacio de la Moneda, la escena se repetía y se repetía en pantalla gigante.

Doris Day era una linda chica:
en el asfalto quemaban conchas
de naranjas; residuos de
la vieja Babilonia.

La multitud hacía fila para
fotografiarse con el Kennedy,
por un dólar te prestaba
su gorra militar, por varios,
detrás de la cortina,
te mostraba su cráneo agujerado;
a seis manzanas de distancia
de ese evento, en las puertas de
un teatro abandonado, Abraham Lincoln
hacía lo posible: forcejeaba frente a la taquilla, trataba de impedir la venta
de boletos,
los actores resignados trabajaban para un público ausente.



En el aire giraba la rueda del lucro. Harry S. Truman bailaba *Star Dust* sobre una nube radioactiva por las noches de Japón.

Vagaban los *hippies* por el país de las inmensas autopistas y del acero. —Muchacho, en la radio colocan tu canción—. De nuevo habían perdido la estelar contra la gran maquinaria y los toneles de química.





Alguien lija listones de madera para millones de féretros en los aserraderos de Louisville.

No sé quién pondrá los muertos.

Ustedes son de cuidado.

Presidente, le repito, lo de El Chorrillo fue bestial.

La humanidad no lo olvida, sabe de la masacre contra la población civil en los lugares de Hiroshima y Nagasaki.



Resulta difícil comenzar
de cero. Ahí se perdió lo humano:
por culpa de sus predecesores, los
muchachos de mi cuadra llaman a la nación
del viejo Whitman, Criminalandia.

Un ejemplo: Guantánamo surge como consecuencia de un botín de
pirata y garfio, arrancada a Cuba en 1902 mediante la enmienda Platt,
capítulo contemplado en la constitución de su país;

en la actualidad Guantánamo es una cabina de torturas, criadero de
huesos, documento del horror;

¿Quién me dice que respecto a Colombia no sucederá lo mismo?

Le obsequio este dato: antes de usted asumir la presidencia
planificaban asesinar al presidente de mi país, no sé si ratifica esa demencial
agenda.

Hablo de sus antecesores, Doctor Murder y su secta de skull and
bones, es claro.

Si le dije señor es
por principio de familia, costumbres
parroquiales heredadas de mis padres.

Espero merezca el trato epistolar: ningún señor va por
el mundo arrojando bombas, destruyendo ciudades, mutilando
niños, quemando arrozales, el trigo y la sed de la gente. Escuche
testimonios, la polvareda de Gaza, la destrucción de Bagdad.

¿Quién gobierna a su país?

¿En qué supermercado
se abonaron
a Colombia?

¿Cuánto les cuesta
como instrumento
de la guerra?



Colombia no es una carreta de flores y esmeraldas, su música no es el vallenato ni el porro ni cualquier hermosura que venga de los negros; su música viene del bosque como chirrido de sierra mecánica.

Luz Marina y Jhon Jairo dicen que se resume en amores desplazados, besos de viudos y autocines fronterizos.

Yo le compro golosinas, apuntan ambos, nuestra cosa es de principios. A Colombia la perfume con esencias que recojo en el camino que pasa por Manizales, dice Jhon Jairo.

Así le quito ese intenso olor a formol y a tacos de algodón empapado con sangre recién lavada.

Colombia me regala
su fruta madura,
coloca en mis
manos piedras pulidas,
yo le obsequio mi luna
de ciego.



BOGOTÁ



En Bogotá me mandé a diseñar un esmoquin con unas telas que le sobraban a Jotamario Arbeláez, nunca tuve otro igual.

Si viene la guerra, me lo pondré para brindar por la paz con el Mono Rendón. A mí que me busquen en el gajo de Juan Manuel Roca o al sur del Capanaparo, más allá de toda ciencia, horneando pan con Germán Pinto Saavedra.

Tulia Restrepo, si viene la guerra de seguro no tendrá tus ojos.



Me iré con William Ospina por la línea
amarilla a fundar patria lejos
de la huesera fraticida.

Temprano, le caeremos a Santiago Mutis
en su parla acompañado de Joe Broderick
y Nicolás Suescún, muy cerca de Álvaro Miranda
con su caimán de muelas de oro. Luis Darío Bernal Pinilla: que el aire
me borre si no invoco tu amistad.

Amo a Colombia, pero le condiciono mi lado en la cama. Cuando se acuesta con esa quijada de burro bajo la almohada, me invade cierta incomodidad.

Desconfío del Palacio de Nariño y del cártel de la guerra.

Las oligarquías apátridas se sienten protegidas. Requieren su *sheriff*, sus bombarderos Stealth, sus computadoras parlantes y sus montajes bélicos.





Señor presidente de los Estados Unidos de América y un tantico de Colombia, Doctor Murder: no me agradan las bases de la guerra.

Si ustedes percibieron a Granada como una amenaza para Norteamérica por construir un aeropuerto,
no me pida que vea a sus soldados como mansos corceles pastando en los campos de manzanas de Johnny Appleseed.

No sé qué mala idea les ronda a los chicos; cuando están fuera de casa son capaces de violar a una ametralladora.

Necesitan matrimonio y menos drogas. Ahora mismo leo la crónica de sus desmanes.

Venezuela es una nación pacífica. No lo voy a atiborrar de datos y fechas heroicas.

Lea nuestra historia, quienes fuimos en el siglo XIX, Bolívar, el caso Santander.

A lo nuestro, tengo casi la edad de Ambrose Bierce cuando se alistó en el ejército de Pancho Villa.

Necesito una oportunidad;
usted necesita una oportunidad,
todos necesitamos una oportunidad,
aún no he escrito mi primer cuento.

Mis cinco hermanos cubanos: Fernando, Ramón, Gerardo, Antonio, y René regresaron a casa.



Carta al señor presidente de los Estados Unidos de América

¿Terminó la guerra en Colombia?

¿Lo que escribí se volvió alas?

Señor presidente de los Estados Unidos, están vendiendo los anillos de la guerra,

aleja tu maquinaria infernal,

llévala detrás de los molinos de hierro,

colócala en un baño del cementerio de Arlington o en los galpones de la General Motors,

tan bonita, todo ese cachivache con ruedas de goma, luces intermitentes,

un infierno de belleza,

esmeralda brillante contra el sol.

El doctor Williams te compararía con el Asfódelo, esa flor

verdosa que brota en el infierno,

nunca se vio cosa igual en el cielo de Panamá:

aquello bramaba como una vaca gozosa, derramando fuego sobre la carne inocente,

todo lo convertía en polvo y cenizas,

comiendo vidrio,

dando alaridos contra la tierra, boca rota.





Los montes quemados rugían en la candela,
se metían en las casas y se sentaban en los muebles, visita de
cortesía del maquinón.

Ahora no le sirve la manivela de moler huesos,
ni la compuerta de arrojar humo detrás de las ballenas.

Los ministros de la guerra esconden la última reserva de gas,
lotes de carbonería y los metales de los campos arrasados.

Se están aflojando las tuercas del Fort Knox.

En tu agenda nos arrojaste al cuarto de las hienas.

La orden no se cumplirá.

El maquinón se quedará varado en el lodo,
botará las tuercas en una fosa de caimanes, lejos del Caribe.

Los aviones se quedarán suspendidos en el rincón de un cielo cobrizo,
cuajados en el aire.

Nunca más podrán aterrizar en tierra alguna,
la orden de calcinarnos se quedó atrapada detrás del espejo.

Si te asomas, la mañana reflejará campos de flores y mujeres
asoleadas bajo el blanco del día,
hombres bebiendo agua con las manos en cuenco,
niños camino de la escuela,
el tornasol de los caballitos del diablo,
el rojo de las cochinillas.



Viento / Pinto



No te emperres Doctor
Murder. Si vienen, les pasaremos
raqueta.

Los muchachos de la esquina de Pinto
rompieron las botellas y se quedaron con

el casquete en la mano,
te esperan en la cancha. No le temen a tu pandilla.

Sixto el pecoso afiló la navaja.

Cayeron las semillas de las matas de jabillo; el árbol de acacia
soltó su flor de gallito. Cero mata a cero pero tú quieres matar a millones.

En la esquina El Viento prendieron la fumarola, mascan el polvo,
uno a uno se pasan la piedra de amolar.

Te sonó el doble campanazo. Esta no es mi guerra ni la de los míos.

La noche sube en su escala universal, el sol se esconde en los
callejones de Caracas.

La luz se derrama mojada en los rostros de la multitud. Cierre
la llave de paso. Algo sucede,

Doctor Murder, ayer en el senado
sacaste
tu lengua de víbora.

En el borde del abismo duermen
los niños,
gimen en la oscuridad el nombre de sus
padres,
lloran enjaulados en los gallineros de Texas.

Se acerca el fin: a tu maquinón se lo están
comiendo las polillas, no lo puedes evitar.

Todo está anotado en los registros
de la Rue Morgue, escribes los nombres
del desamparo.

De un cabo de vela sacas cera para untar en los ojos de los muertos,
les colocas una moneda y los dejas en desiertos y ciudades.



La prensa se encargará
de coletear el piso, limpiar la sangre
derramada, esconder el picahielo: el frasco de
veneno con el que contaminas el agua de los pobres.
Dicen que eres su gracioso animal.
Cuando asistes a los cocteles, te cruzas de brazos, te paseas por
el salón.

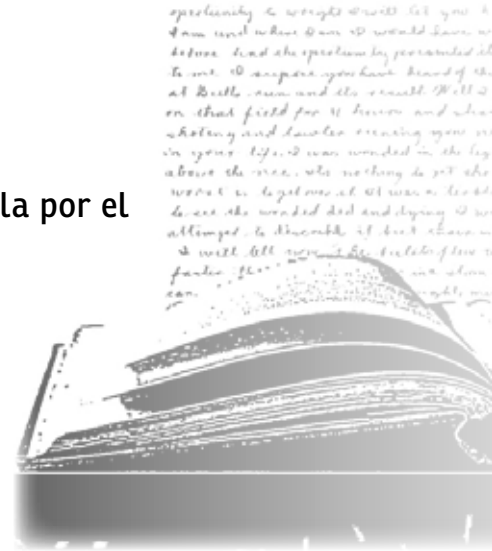


Los poetas no quieren
incluirte en sus poemas.

Eres demasiado evidente, arrojas candela por el
culo,

manchas el cielo de cenizas,
cinco ancianos cuidan de ti:
uno te cepilla los dientes,
otro te lima las uñas,
los otros tres no saben qué hacen a tu lado.
Te guardan las llaves de la jaula.
No das para un poema.

Resulta mejor escribir sobre la crecida de los ríos; el habla y el canto de
las piedras.





Hermoso suena el aguacero en Caracas, el
Guaira Repano moja su barba violeta en un
círculo de plata.

El huerto de mi infancia trae aromas de
junio, maduró el guayabo.

Aquí no vengas con tu boca pintada a
mostrar tu lengua de víbora.

Quédate en tus palacios con tus
cosméticos,
cajas de tinte, y tus pelucas de paja encendida.

Puedes marcharte. Nada te falta.
Tienes un edificio de vidrio, una
escalera eléctrica que desciende a
los infiernos y un ataúd aerodinámico
con aire acondicionado para que te
conserves y no te coman los gusanos.



Le cuento, señor presidente:

La zamurada hace sombra bajo el cielo de Caracas,
aletea contra los ventanales de los edificios.

El humo de las gandolas en llamas se mete en apartamentos y
barrios.

En las autopistas, coles, legumbres podridas, carne quemada de
hombre o de cerdo se dispersan entre los alaridos de la tarde.

El coima de barrio montado en un tanque de gasolina celebra con
sus muchachos la candela.

Ah muchacho con tetas,
mala ubre,
carnicerito de abril,
cuando llegues a viejo te pondrás sostén y ligueros.

Como Flebas el Fenicio, llorarás
tus infortunios en las puertas de tu
urbanización.



Caracas es un vagón
rojo y crema que cruza el horizonte, va
desprendido entre los aros de la molienda, suena
como vapor en fuga, vuela.

Allí voy agarrado al tubo niquelado, miro por la ventana, tu
boca de fresa, mi ciudad de cielos de
cobre.



Todo pasa de humo y tabaco hacia los barrios del sur;
cerca del cine Riviera, se clava el cine Reforma, más allá el
Lincoln y sucede Cantinflas reventando los cueros
del cerro Primero de Mayo.

El carretón de Ben Hur.

Los ojos violetas de Liz Taylor.

Judy Garland desprendida hacia los cielos con
el gotero de aceite para untarle entre las bisagras
al hombre de lata.



Detrás de los edificios
se levantan remolinos de polvo,
una pared blanca que divisa el
Cementerio General del Sur,
donde miras al otro lado la tumba del pe-
lotero José Pérez Colmenares.

En un baldío, los muchachos se galoparon la
burra de Pestana,
ayer uno de ellos le compró flores y una botella ámbar ra-
nurada para acariciar ese cuerpo de tormenta que se avisa:
dientes de burra, dientes de mula, en el pajonal quedó la aguja de
oro, nadie la encontró.
En el barrio, los conejos miraban por la ventana.
Las pelotas de beisbol quebraban los vidrios, reventaban los faro-
les de la tarde.





Preguntas, Doctor Murder:

¿Cómo se siente ser escupido en todo el planeta, que no haya sitio donde esconderte, avión dónde volar, que ya no tengas paz jamás?

Me siento como un buzo sembrando tuercas en el fondo del mar. Me pesan en la balanza por un saco de sal, lodo y ceniza.

Al que viene le arrancan sus muelas de oro.

Me desnudan allá donde las serpientes abandonan sus huevos.

Soy un abejorro sin alas, ascendiendo en el laberinto de las multitudes.

Me alimento de hierro molido, bebo la arena de los supermercados.

Soy un golpe sólido en la mesa de billar, un edificio gris, encallado como un viejo barco en un callejón de la Calle Real Prado de María.

Soy un judío detrás de los alambres,

un palestino que lleva en sus alforjas los ladrillos de su casa,

el verde festivo de un limonero,

un poeta comunista devuelto como pastilla de jabón en los baños de los aeropuertos,

un negro atado por el Klan a los rieles que conducen a Memphis, escupido y linchado en el terminal de pasajeros, buses de Cabudare.

Nuestro amigo homosexual voló con sus zapatillas sobre el humo de las chimeneas, se llevó los ojos de carbonero de Federico García Lorca.





Estoy parado frente a
la confitería del cine
Hollywood.

Ayer tus muchachos andaban en pandillas, soplaron fuego en el
cuerpo de un próximo.

Caballo y ron en el asfalto.

En el cambio de luces de las autopistas, una anciana depositó
añosos excrementos.

Gracias señora por esa gruesa tableta, le gritaron los motociclistas
entre los aros de candela.





Señor presidente, Doctor Murder, a tu guerra le crece una uña peluda de cal y ceniza, flota en el medio del mar o en el aire de los cines.

Rasga el asfalto.

Hubo uno de ustedes que tenía gran maldad en la cabeza,
mandaba allí dentro raíces de puerco,
frascos de hielo,
materos que atentaban contra la humana inocencia.

Invitaba a su guerra:

¡A la guerra / A la guerra! arrojando cauchos por la boca, cama de clavo, cama de piedra, misma maniobra, mismo personaje, micrófonos y cometas, el odio doblaba su minuterio. Sonaba la radio.

Como a eso de las 10:30 p.m., una pausa para quemar el hospital de niños, pedías.

En lo alto de la candela aquello rugía como leones.

Se burlaba este hombre.

Tenía en el hocico un candado de palo, ponía huevos verdes entre los números romanos.



Mi infancia es una hostia quebradiza,
me cubre de humo contra las paredes
del cielo.

El viento la cuajó en el ojo de los gatos.
Miro por la cerradura:
pasan mis padres en un reflejo ocre, rasgando el aire.

Esta mañana el sol ardía sobre el oro de mayo.

Deberías haberme visto en la vía, sentado sobre
los colores del amaranto y en el infinito azul de los
pájaros.



Esta mañana el sol ardía sobre el oro de mayo.

Deberías haberme visto en la vía, sentado
sobre los colores del amaranto y en el infinito azul
de los pájaros.

Caracas se abría como un sol de puertas batientes:
llegaban los muchachos del campo a colocar su
llave en el mazo de barajas.

Se paseaban como reyes montados en los autobuses Circunvalación
Nº 5; Gilberto Contreras se aferraba al pescuezo de su gallina blanca.

Rumboso ejemplar, esa gallina bailaba guaracha hasta el
amanecer. Cuando Gilberto nos la prestaba, en sus ojos se avisaban
cielos turquesas,

la hora en que bebían agua las corocoras.



Doctor Murder:

Soñé que estaba desnudo a la intemperie.

Acostado en mi cama, flotaba por la ciudad y por blancos edificios.

Cercano a las nubes, mi cuarto limitaba con las estrellas hacia un patio de aerolitos.

En el horizonte crecían membrillos en jalea y miel.

El árbol de guayaba que plantó mi abuelo, escarchado en oro desprendía sus frutos y todo giraba como una rueda mecánica por los caminos del universo.

Yo tenía una almohada y una lámpara incrustada en las terrazas del cielo.

Delante de mi cama cultivaba flores.

Tenía un jardín, una vaca marrón y un gato cazacometas.

Cerca de mí, el viento cantaba la música de los astros.

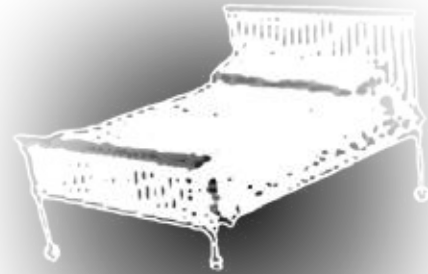
Pasaban inmensos barcos con los viajeros perdidos, mi padre en su Buick marrón.

Mi hermano arrojaba latas de cerveza por la ventana, mi madre recogía semillas de ciruela. Saludaba con su manita blanca.

Hacia el sur giraban ciudades entre ladrillos iluminados.
Hacia el norte los paisajes se escondían detrás de avisos luminosos,
vivían dando alaridos,
había mucho humo allí dentro.
Eran paisajes de amoniaco y sal.

Yo volaba por los barrios de mi ciudad.
Miraba cada rincón.

En Santa Rosalía me gritaron los muchachos:
Epa Osuna, tienes la cara tiznada.
Así que me fui a completar mis abluciones cerca
de unas nubes que entraban por Petare, las aguas
estaban a punto de reventar sobre el mar de oriente.



Mi cama
iba atada a la cola de un
burro generoso, el burrito salía en los poemas
de antaño, era un celaje arrojando candela por el rabo.
La ciudad derribaba sus puertas batientes entre los callejones
parroquiales,
pasaban los trenes,
saludaban las muchachas con sus pañuelos de colores.

Yo sacudía los hombros,
el cuello, como un campeón de box en su noche estelar,
reía,
sacaba la cabeza por una ventana de aire.
Caracas aflojaba en la esquina sus tuercas de acero.

Pasaban los peces ensartados por el hilo de la buhonería.

El cielo brillaba en jalea azul, como piel de foca.
Madonna mía necesito detalles, el mundo no me
dice nada.





William Osuna

En las vidrieras miro los trajes de Primera
Comunión, los mandiles sagrados.

La esquina de Velázquez.

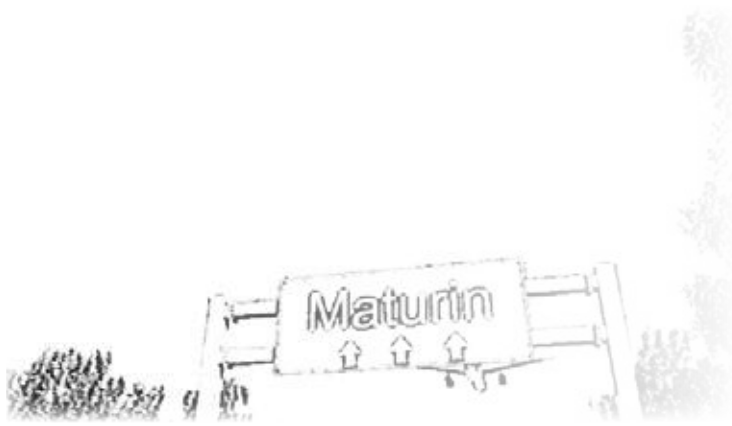
P.D.

He aquí mis confidencias

**QUERIDO
PÁJARO.** Camino de Benito Velasco.

Todos los paisajes me han pasado a la velocidad del sueño,
a esa velocidad he visto los árboles más hermosos de cualquier
lugar, sus colores. El sueño me los ha devuelto en infinitos celajes.

En la recta de Maturín vi un cielo de encendido malva, herido por
una grieta de sangre. La noche descendía con su cara de bruja.



En una
huerta de Boconó, vi
un camaleón de pastel amarillo la
cara, pintado de madera roja el cuerpo, tor-
nasolado el cuello, retozaba encima de una inmensa
calabaza, me miró con ojos de viejo fumador de pipa y
rabo largo de ofidio coralino. Lo contemplé a la distancia por
interés y respeto.

En la entrada de La Puerta, las casas salieron a saludarme, una
se me vino encima, alegre y bullanguera, tenía un vuelo de canario en
las ventanas y una jaula sin nada, llena de luz, ausente de aire,
la atravesaba una varilla de tejido, trabajado en mimbre y colores barni-
zados, arriba en el techo, el gallo de oro bruñido descubría a clarinada el
paso de nubes.

En Punto Fijo, el mechurrio de la refinería brotó su flor libertaria
hacia los balcones amados de Santa Ana de Coro. Todo cancionaba en
silencio. Los colores se fueron calle abajo en la bandera de Miranda.
Una luz de farmacia devoraba el frontón de una casa vieja, desde
adentro las
voces nos dijeron adiós.





San Felipe me devolvió verde sobre verde, se asomó en los principios de una vida que no tuve. En la entrada nos obsequian las palabras del poeta Parra, la autopista se deja vencer por una línea de árboles podados.

Si vamos a Barquisimeto y el bólido rojo nos lo permite, 250 km, ya lo decía, veremos cómo se levanta el sol de los chamanes y del nahualt que se transporta. Y se mimetizan en fieras, árboles sombríos y metales a la vez.

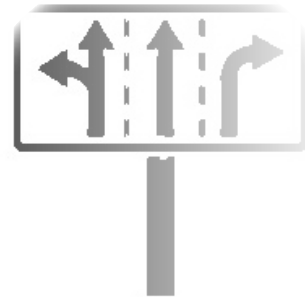
Tres en uno subiendo hacia la morada de María Lionza, Sorte. Dentro, en algún lugar de nuestro cuerpo, signos e imágenes nos revelan, luces, mandalas que giran y nos elevan al principio o fin de lo que habitó en nosotros. Somos uno en unidad con el monte, oyendo el silencio de la naturaleza.

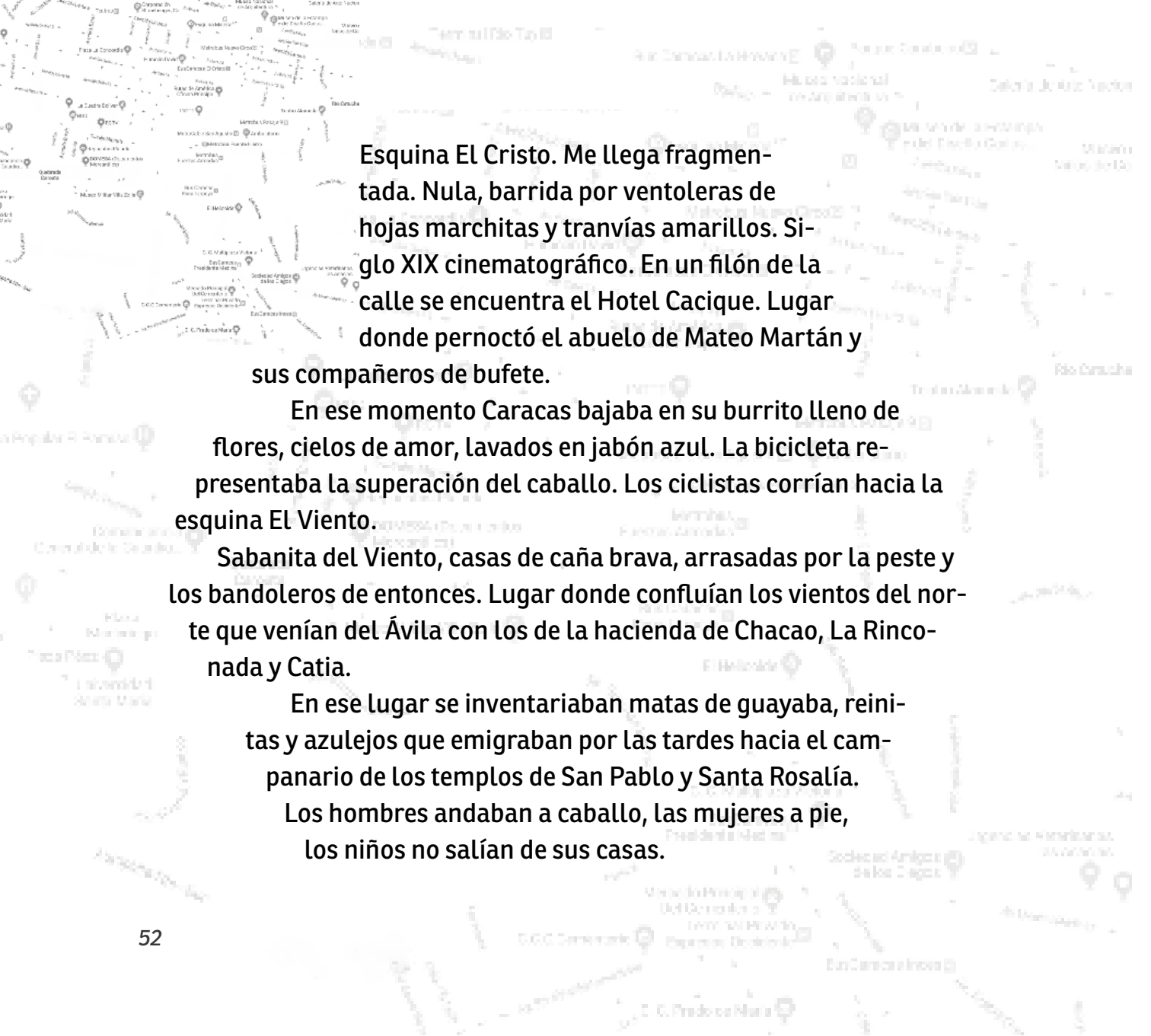
Pájaro, todo esto te lo cuento porque ayer me dijeron que en el año 68 los poetas se comieron el monte de San Javier. Allá en Mérida. Poetas golosos y tiernos, como el perro de Paul Eluard.



Algunos cogieron carretera y aún no han
detenido su andar, murieron o se fueron a buscar
la marusa de Juan Matos por los bares de Sonora. No hay
claves que los descifren.

Son indagaciones que me regresan al color, como un
trompo
rocanrolero que se precipita al vacío. La ciudad me engulló
en el humo de las gasolineras. Soy de color gris plomo. Una
experiencia de neón y asfalto, cabilla y acero, tubos de alu-
minio. Pequeñas viñetas de sucesos.





**Esquina El Cristo. Me llega fragmen-
tada. Nula, barrida por ventoleras de
hojas marchitas y tranvías amarillos. Si-
glo XIX cinematográfico. En un filón de la
calle se encuentra el Hotel Cacique. Lugar
donde pernoctó el abuelo de Mateo Martán y
sus compañeros de bufete.**

**En ese momento Caracas bajaba en su burrito lleno de
flores, cielos de amor, lavados en jabón azul. La bicicleta re-
presentaba la superación del caballo. Los ciclistas corrían hacia la
esquina El Viento.**

**Sabanita del Viento, casas de caña brava, arrasadas por la peste y
los bandoleros de entonces. Lugar donde confluían los vientos del nor-
te que venían del Ávila con los de la hacienda de Chacao, La Rinco-
nada y Catia.**

**En ese lugar se inventariaban matas de guayaba, reini-
tas y azulejos que emigraban por las tardes hacia el cam-
panario de los templos de San Pablo y Santa Rosalía.**

**Los hombres andaban a caballo, las mujeres a pie,
los niños no salían de sus casas.**



Pocos
niños en las calles. La
medición del tiempo cuajaba en los re-
lojes, todo transcurría como en cámara lenta, las
guayabas tardaban un año para desprenderse de los ár-
boles. El ciclo vital en los hombres y mujeres era de cuarenta
años, esto equivalía a ochenta y cinco años de los actuales.



Esquina de Pinto, bajaba del púlpito el padre Porras, a cerrar bares y a sacar feligreses en época de Semana Santa. Los encerraba en la sacristía y de un envión junto con los demás curas y monaguillos, les subía el Santo Sepulcro a los hombros.

La Culebra, Pablo Lugo y Miguelón Macarac conformaban la parte más animosa del ejército de voluntarios. En el edificio donde hoy queda la joyería Mulco, Rómulo Betancourt se reunía con sus camaradas de la Federación de Estudiantes. Hasta hace poco lo ocupaba la señora Celina y sus treinta y dos perros.



Fraterno Pájaro. El bólido rojo de Douglas Franco se detiene a un lado de tu paisaje. Todo un rinoceronte de metal, bufando el humo de sus caballos de fuerza. Silverado, doble cabina, encendido de sol y polvo de caminos.

Al atardecer, justo después de la lluvia, el parafango refracta movimientos y pinceladas. Camino hacia tu experiencia.

Estoy dentro de tus colores. Puedo tocar la flor roja del amanecer. La lluvia cumplió su proceso alquímico. Nada se explica, porque todo está explicado.

Como el viejo Walt, cada lugar me pertenece, acepto la metáfora del tiempo en el aroma de la tierra mojada, me contemplo en las aguas encharcadas, aquel hombre es mi hermano, años que no sé de él.

Aquí se refracta el sueño de Milton y su paraíso perdido, mundo de inocencia.





SOY UN PAISAJE que
sigue de largo. Mis pensamientos rebotan
de un lado a otro. Pasan veloces dentro de los
ríos de mi frente:

el sol es una pata de perro colorado, esparce fuego por
los caminos del cielo;
alguien mira algodones sanguinolentos, barcos luminosos, una
luna que vendrá.

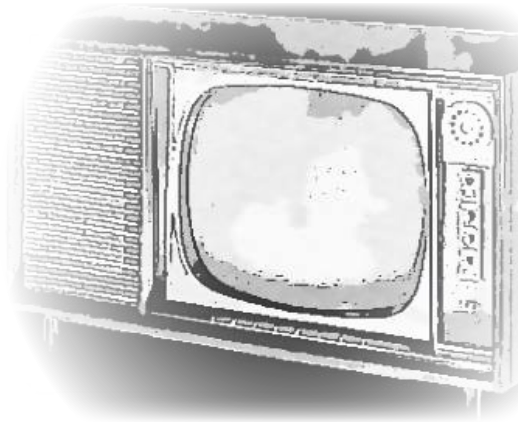
Otro contempla desde los altos edificios el giro de nubes.
Nombra su rueda sobre el azul de la mañana.
En los recintos se siente el sonar de cuchillos.
El asesinato en la televisión, la televisión en el asesinato.

Se recomienda no agitar la bebida.

Desde la pantalla, como en una pesadilla,
nos apunta un dedo comido por la lepra.
Grita la multitud.

El tren de las primeras horas resbaló entre
sus ruedas humeantes.

Los reporteros revolotean como zamuros entre las víctimas y los
heridos.
Culpan al de siempre.



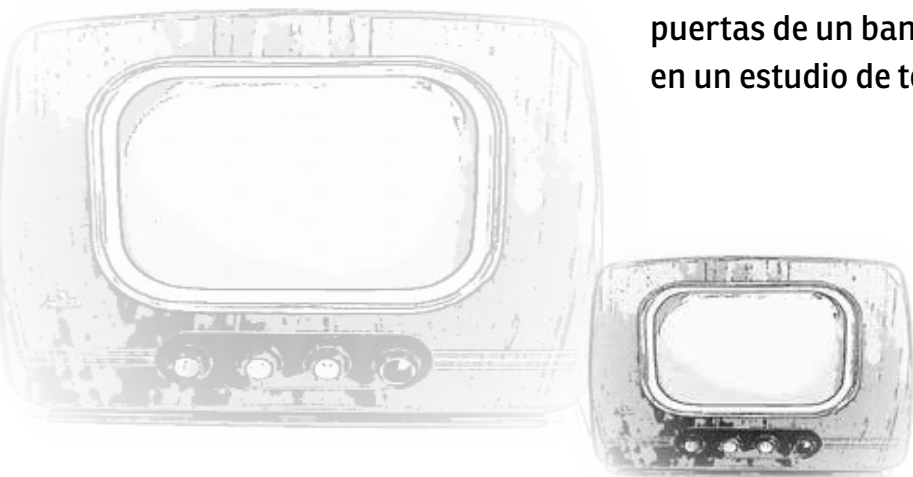
Salpicado de sangre, mordiendo picos de botellas, sueño del sueño, oigo las voces de los heridos atrapadas en el tren.

Escribo: he andado descarrilado de mí.

Asesinaron al León del Desierto y a su familia.

La pandilla Los Demócratas se regocija y baila la muerte.

En todas partes se les ve: siempre a las puertas de un banco o de una funeraria, en un estudio de televisión.



Nos prometen la caza de la liebre, el cepo en la cola.

Exorcizo la volada, abro el Corán, leo sin orden: Yo estoy con vosotros entre los que esperan.

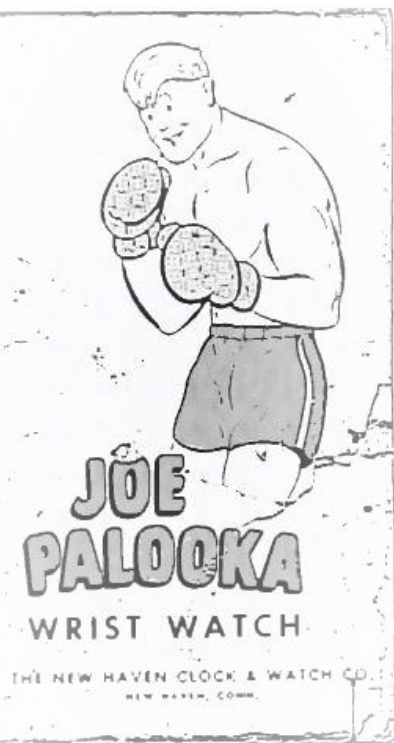
Son palabras sagradas, raíces del dolor.
El calendario agobia.

Descifro en la mesa el encaje de la hoja de tabaco.
Anoche los extranjeros orinaron sobre la arena.

Escribo la luna menguante, el peregrino predicando
en la montaña, los campos que contempló el ciego
de Jericó.



Se alinea el sol en Libra. Octubre derrama leche muerta sobre las calles de Trípoli y Sirte.



Ayer llegaron los mercenarios en operación conjunta a democratizar la muerte.

Frente al torniquete Sam Mackoy, Joe Palooka y sus Halcones Negros mantenían el orden, hablaban filantropías:

los niños primero: caras peladas, llantos; todos envueltos en gasa como paquetes de chocolate.

En los hospitales, los ancianos y los adultos hacían fila; desde el agujero en la frente, buscaban en los escombros las profecías del Corán.

William Osuna

جب دحضت ذاك كاذبا. اوجب
سفن دهنك في دمه نهض؛
جهد كم شهت، ذاب ذاك
سفن حبه كينجت؛ هك ضحكه
كيسهت، يك فوب كم حبت.

En la sombra recogían luces molidas en cero, cifras en la espesura del viento, lamentos en el ocre de la tarde.

Nada se oía, solo palabras proféticas.

Testimonios de audiencias: el más anciano arrojó el bastón al fuego y dijo: entre ellos vinieron creyentes; pero, en su mayoría son perversos.

La razón del exterminio es dinero, avisos luminosos, las ciudades convertidas en sarcófagos de oro y clavos de diamantes.

No sacarán provecho de nuestras riquezas, hablaban las paredes: serán consumidos por remolinos de candela.

Los caminos no los transitarán acompañados por ninguna estrella.

Los barrios que derribaron a pólvora y fuego, se elevarán, sobre la sequía y el estruendo ferroso que cayó en golpes de martillo.

Las polillas se comerán las actas de Wall Street.

Todo el dinero acumulado se filtrará en las cañerías junto con las aguas putrefactas de New York.

Una bandada de palomas torcaces vuela sobre la Gran Manzana.

Por cadena nacional televisiva, miss Snake declara en entrevista su serenata de muerte:

fuiamos, vimos y murió:

cínica oralidad ante el falo nacional;

lengua bífida de vieja serpiente que succiona el casco de los ministros de la guerra.

Señora

Hilaria; para toda la
teleaudiencia, cantabas en
la esquina; silbabas, acontecía
en tu boca de marfil el *blues* de los
niños mutilados.

Prendías la fiesta donde chocaban co-
pas la banda Los Demócratas.



Recuerdo al hombre molido a palos frente
a Los Jardines del Valle.

Matar un hombre con su descendencia resulta un valioso documento para Norteamérica.

New York: si me concedes la revancha, te prometo un endecasílabo sin sinalefa.

Estás de malas, los Yankees no clasificaron para la Serie Mundial.

Los chicos del Central Park se encuentran desanimados:
nadie los contrata para ir a la guerra; no más héroes nacionales, ahora los sacan como huevos de serpiente en cualquier lodazal.

El uniforme del sargento York criará gusanos.

Desde hace rato Gary Cooper les dijo adiós a las armas.

No tienes los hombres suficientes que puedan parar esto.

En la calle Cherry un recluta se mutiló un dedo para
pagar los giros vencidos del Buick niquelado;
los sucesores de Sinatra no colaboran para llevar las
grandes orquestas al desierto.

Nadie quiere viajar después de lo de Glenn Miller.



Desde hace tiempo estamos en la tercera guerra, presiento que será la última.

Entraste en fase demencial, piensas que el hombre árabe puede derribar tu puerta con una media luna.

No todos los dátiles vienen envenenados.

Omar Shariff no es el Che Guevara.

Trata de comprender: en la Casa Blanca están los locos que entrevió el Cio Ez desde su jaula de hierro.

Lo sé, si oprimen el botón pueden desaparecer los montes y ríos de Suramérica; convertir a Caracas en una chivera;

solo quedaría el viento de la esquina El Viento, el ulular de unas ramas secas contra lo que fue una ventana.

Los gatos se subirían a los techos para contemplar la noche de los cohetes.



La garantía es mínima de que sobreviva alguien en Tinaquillo y en Long Island.

No lo olvides, si queda un pez, nadie debería comerlo.

En el espejo de la calle grabo estas palabras, estoy sentado en la cueva esperando señas.

Cual sea su virtud, no me gustan los estadios vacíos, amo esta tierra, dije en el foro, sin mucho alarde.

Esta mañana, mientras bendecía al cielo, pulí mis ganchos. Estoy listo.

* * *



AMO A NORTEAMÉRICA,

Nueva York, Marilyn Monroe. El Greyhound donde
Jack Kerouac atravesó el humo y la danza comanche sobre
insondables autopistas.

Quiero ese territorio de piedras.

Parado en la gasolinera el sueño de Luther King me llama. Mi
deber es evitar la muerte de Malcom X,
desenclavar los hoteles de Memphis.

América, devuélvele las dos lucas y las cincuenta perras a
Ginsberg.

Todo a su tiempo. La trompeta de Miles Davis abrió una grieta en
la oscuridad. Miles vestía de punta en blanco.

Lucía lustrosos zapatos amarillos.

La triste luna de Kentucky bajaba por el gueto como un hilo
de sangre.



Sálvate Norteamérica, ciudades,
Filadelfia, Washington.

Tus edificios giran por el aire como catafalcos.

De vez en cuando, alguien se arroja contra los tubos de neón. Y
no es el poeta Hart Crane.

Tu democracia de cables humeantes no lo puede impedir.

Guantánamo es un misterio. Cazas mexicanos como conejos.

El viejo Walt profetizó tu lomo de acero, las cifras de la campana.

No le supiste corresponder.

William Carlos Williams se fue bajo la lluvia en una carreta mojada.

El aire anida peces sobre los árboles.

Jimmy Hendrix toca duro la canción nacional, arroja candela por la
boca.

Me agrada el verbo anarquista de Sacco y Vanzetti, las tonadas de
Bob Dylan.

La vida en el bosque sin impuestos.

Guardo en una caja de zapatos las grandes atrapa-
das de aquellos campocortos que jugaron sobre
la tierra roja de Chicago:

el fantasma de la calle 43 es nuestro.
Los Hell's Angels quieren camorra.
Detesto el vino de lata.
Tengo razones para pensar que alguien les puso una estaca entre las
ruedas de las motocicletas.
Si el asunto es conmigo que me pasen una guacharaca.
La ley patriota nos condenó.
Te amo Norteamérica, tienes un descenso de hoja marchita.

Nos vemos en la esquina.

* * *





TENGO UNA CULEBRA CONTIGO, no te descuides. Mi aventura aún no comienza.

No derribo sombreros en la calle, ni en angustia me doy a la mar.

Todos estamos sollados, el presidente de los Estados Unidos es el más sollado de todos,

lo vieron haciendo dedo en la carretera, y ningún auto paró por él.

Estoy enculebrado, las chicas de la avenida Roosevelt me olvidaron.

Ayer frente a las puertas de la altiva ciudad, vi como el polvo había disipado con todos los hierros los amores que perdí.

Mis poemas fueron inútiles.

Ninguno abrió las puertas del Reino.

Todos han sido quemados por su propia cuenta.

No hay componte,

los desesperados, siguen siendo los desesperados y aquellos a quienes alabé colgaron sus lanzas en los edificios más altos.

Mira tú.

Párame,
te canto la zona: si a trompadas vamos, que cada quien coja su palo
y mantenga señorío en su casa,
mis órganos van enlazados a su rollo y he aquí que grito desde el
fondo de mi cabeza como asomado a un aljibe.

La otra noche me dijeron: "Ya no hay perros en la puerta ni mandril
que te atormente".

"Deberías ir donde las bocas simulan y deslizan carcajadas y
despreciables nombres son repetidos por una multitud paralizada en gesto
de aplauso".

"Revuelca la palabra,
decide qué sogá,
qué árbol,
qué estaca en trono de ofrenda".

"Búscate en el saco de las piedras".

"Márchate en un abismo de avenidas en busca de tu sombra,
acelerado como una bomba de tiempo".

Te dejo en la esquina.

Raíces ásperas en las estaciones del Metro,
perros veloces que el viento conduce hacia una raza de levantados.

Madre de los demonios. Dama de los malvistos,
voy pirao.

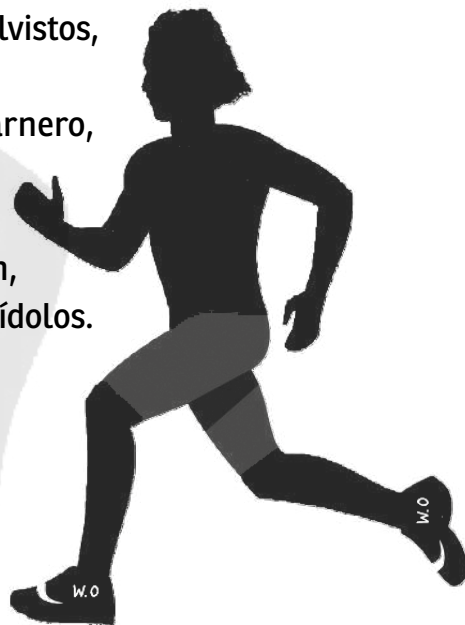
Está demás decirlo, doy mi vuelta de carnero,
mi salto mortal y ahora bailo mi salsa,
cercano a esa cumbre de escorpiones.

Hábil, como un apostador del café Edén,
sabré edificar virtudes en los ojos de mis ídolos.

No me detengo.

Desciendo a tus infiernos,
siento piedad por este valle de tinieblas.

Una navaja en el cuello es peligrosa,
un palo con estopa, gasolina y fuego,
ni se diga.



Marqué una señal en las puertas de mi tribu,
seguí la voz:

“Oradores y sabios, yo que no aspiré el poder de los césares, descubro un río rumoroso, distingo los arrases de mi infancia, aguas de guillotinas, sobre un paisaje de arrodillados”.



"Oradores y sabios, tal vez sea el momento
para salir a la calle, y darle su golpe de conejo en la oreja
del emperador".

Por las calles pasa la corte como asnos tatuados,
cabizbajos en sus automóviles.
Todo lo que disfruté quedó en un zanjón.

Estas imágenes vinieron conmigo.
Veo la calle que va a palacio, la ceremonia de los huesos.
A un país vuelto cero en polvo en las despensas de la mala calle.
En un aro de humo a los desempleados comerse los cables sobre
el basurero de los días.

A los manes de mi ciudad venidos de la sombra. Estrangulados
por los cuatro límites.

A los que se censaron en los grandes partidos. Acumulando fan-
gos y el espejo les devolvió hocicos de cerdo mientras reían frente a un
teatro clausurado.

A un sótano donde saltan las ratas por encima de monedas y
billetes.

A un cerro pelado montado en una grúa y llevado hacia el centro del Atlántico.

A uno que fue al Congreso y escribió en papel *tualé* bellas crónicas de piratas, pensando que podría abrir su embajada en Tierra de Nadie y panfleteó y colocó un huevo de paloma, una pala y un pico en las puertas del senado por este siglo tedioso.

A la podredumbre de mi tiempo: automóviles despedazados en las vías céntricas, animales que huyen despavoridos ante sus verdugos como un alto honor en la ciudad de oro.

Una rueda de molino en el cuello del amor no hundirá los cuerpos bajo este ruido de sábanas y almohadas.

Para esto he venido.

Estoy en cancha contigo: vestido con
pantalón blanco de santero,
me calzo mi gorra de los Mulos de Manhattan, le doy vuelta al
brazo, y lanzo una col podrida contra el ala derecha de esa tienda
destartalada.

Junto al barranco del sueño, pongo el dispositivo.

Vamos tú y yo, unidos a la rueda, pisando a fondo el acelerador.

De un extremo a otro, donde risa y carcajada es lo mismo, y los
peces prometidos se pudrieron a la sombra de un festín inútil, caminamos
sobre ciudades en calma.

No importa, Doctor Murder, que tus seguidores digan: "No habrá
mañana".

Debemos escribir, con el último carbón, sobre la lumbre y el
fuego que nos acompaña.

VENEZOLANITO QUE VIENES:

amo esta tierra, pueblos ciudades, sus héroes anónimos.

Caracas, mi barrio, una casa blanca en el Sur, el aroma de un granado, el olor a lápiz, la estación Capitolio, la inmensa llanura, su luna febril me rebasa.

Somos un pedazo de tierra amorosa que gira en la noche universal. El viento mece tu cuna de papel. Te amo como documento idílico entre el hombre y la mujer.

Vamos a iluminar la noche:
tú siempre y yo tal vez.



País mío, lloro tu hombre de lata.

Necesito reparar el techo de mi apartamento. Una bomba de plutonio puede caer sobre mi cabeza. En el Norte la gente está disgustada con nosotros, los búfalos pastan en la pradera.

Crece un ruido demencial, Edgar J. Hoover lee mis cartas dentro de su casa de plomo;

al teléfono está conversando con el espectro del senador McCarthy, ambos vociferaban que les debemos un dinero.

Venezuela les debe un dinero, no sé.

No me sorprende.

Todos estamos endeudados.

El Banco Central no quiere prestarme su oro.

Necesito comprar un escudo antinuclear.

Alguien quiere entrar a mi cuarto sin el permiso de rigor.



No me gustan los planes macabros.
Las invasiones.
Me preocupa el lago de Maracaibo.

Para ellos somos la manzana podrida en el cajón.
Afuera se está quemando más de un cañaveral.
Hollywood nos busca una salida cinematográfica.
Lo que sigue en el libreto.
Ojalá el teniente Rip Master, el sargento O' Hara y el Cabo Rusty no
vengan por mí.
Claro, no atino un pensamiento. Debo concentrarme.

No voy ni vengo de una estadística exitosa. La TV es una máquina de
moler sueños.
Detesto su energía apocalíptica.
Incendien los laboratorios de la droga.
En el noticiero están repartiendo las uvas de la ira.
Sonó la alarma.

Venezolanito que vienes, sigue en pie el coraje de tus antepasados: Guaicaipuro, Tamanaco, el Negro Chirinos, el general Bolívar y Zamora andan sueltos.

Esto va a ser hermoso. Se están enderezando los manubrios en las galaxias. El que siempre ganaba, perderá.

Tú lo verás.



QUERIDO ARAÑERO:

Le abro cancha por las palabras,
las que dan confianza, las de mi gusto.

Con usted, prefiero el trato de amigo
que permiten las causas comunes; compartir los recuerdos
que concluyen en el *Patrullero*, caimán de 120 metros,
de colmillos de oro y ojos de piedra pómez,
o el de la cometa que se fue a la isla y regresó con un saco de naranjas
atado a la cola.

Lo sé, son cosas de niño veguero que cruza en paralelo con el mu-
chacho que fui.

No vendí dulces *arañas*

ni tuve como zapatos las alpargatas número 3;

conocí el zapato roto reparado con cartón, agujeros
mayores que una locha y un tanto menores que
un fuerte.



Me contagié con la gripe asiática,
me la curaron con sopa de pollo,
donde el pollo se ausentaba, a la hora del almuerzo,
volaba la tapia con los huevos de mamá piroca.

Sufrí el sarampión, la lechina, la papera, el atropello de bicicleta sin freno, la mordida de perro callejero;
necesité de medio real para ir al cine, acompañé a Sandokan en la casa del tigre de la Malasia,
fui el chico más guapo de mi generación, montado en una tabla, sentado en una silla de barbero.

Lloré contra la almohada. Dolor de muela, tapones de guayacol.
Hambre tuve, pero en mi mesa siempre hubo pan. Le cuento.

Tarde soleada, rostro sudoroso.

Las caimaneras me regresan como *pitcher* zurdo, especie de Sandy Koufax, un clavo que rompía el *home*, un verdugo, dicen en jerga beisbolera.

Todavía me recuerdan en Los Castaños, El Cementerio.



En aquellos baldíos, no traspasé una tortolita
ni un azulejo, utilizaba la china para atravesar latas
de refresco, aceite y romper botellas de cerveza.

Le confieso: si alguien me hubiese puesto el sobrenombre de Tri-
bilín, le hubiese pedido cancha al amigo.

Estoy en mi fase de recuerdos, arañoero. Por eso me nombro en de-
masía y me da por suponer que usted es de una generación que corre en
paralelo con los míos. Episodios comunes, digo.

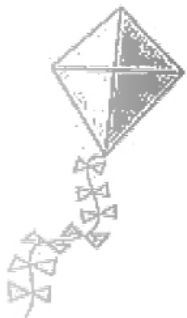
Comparto. Discoteca de los 70.

No más Miriam Makeba, adiós *Maletica verde*,

Nino Bravo,

guateque sabatino.

Dispense, Comandante, el surco rayado de mi infancia me viene
para entrar en confianza. Como las canciones y anécdotas en
su programa dominical. Aquí le cambio el disco.



Le escuché una vez que en el espejo de sus sueños se veía ponchando a lo Ruiz Tirado, con la curva invisible del Látigo Chávez.

Leonardo, Federico y Wladimir nunca tropezaron una.

La bola venía lisa, vuelta un trapo, sin costura, como lanzada desde un cuarto oscuro;
el teipe se desprendía ante sus ojos,
la bola se convertía en cintas de colores, imposible de ba-tear.

El cuento es largo, resumo. Al instante nombró a Tom Jones y cantó *Delilah*.

Habló de su salud y del país que usted metió en la cabeza de la pobrecía, con voz propia, mañana y porvenir.

Luego condujo un *jeep*, se metió por los polvorientos caminos, repartió tierras a los desheredados y casas a los sin casas.

Al fin de la jornada, decía usted que en algún momento del año 21 se marcharía al bosque, lejos de la ciudad.



No hablaba de cine ni de carros llenos de mermeladas,
ni de galletas de trigo que se acompañan con queso.

Mencionaba como utensilio necesario una caña de pescar,
una navaja turca, seguramente por si al *Patrullero* se le ocurría
buscarlo fuera del río en su rancho de la selva.

Le bastaban el fuego, las sardinas asadas, libros y lápices.

A mí no me gustó imaginar su vida en el bosque ni la escena del sa-
ble pegado en la pared, al lado del daguerrotipo del cuartel de la monta-
ña;

tampoco la barajita donde aparece el Látigo Chávez y usted de gua-
tón, pasado de peso, recordando en la mecedora aquel abril de puñales y
traiciones.

Nadie se atrevió a contradecirlo.

Usted no es ese simbólico Henry David Thoreau frente a la laguna
de Walden, en Concord, Massachusetts, camorreo con el capitalismo en
su retiro de desobediente civil;

ni el *hippie* anacrónico que fundó comuna en California para
detener los metales de la guerra.

Demasiado tarde para hacer dedo en la carretera.
Usted no puede retirarse. La multitud lo señala
como el culpable de este sueño, el primero de la fila contra este mundo de chacales.

Si abril lo trajo del laberinto, no fue para que diga las frases del infortunio;

cristianos, musulmanes, judíos, sacerdotes de nuestras religiones ancestrales, ateos, lo reclaman.

Las lilas traerán su perfume primaveral, la alegría necesaria de volver a la calle.

Lo visible es que todo continúa en revolución.

No soy un poeta áulico ni usted un presidente para la cortesanía.

En sus planes se contempla desalambrar las tierras ociosas y otros asuntos por los que usted me anima a acompañarlo;

en los míos urgen libretas, cantos, ríos, personajes y calles de mi zona. Es mi manera de desalambrar las palabras, el poema, la poesía.

Hoy es 16 de julio.

Desde Maiquetía, sin aviso alguno, partió para La Habana por asunto de quimioterapia, pasillos de hospital, tubos y máquinas donde el acero entristece.

Encima del Waraira, el cielo se encorva como piel de gato.

Mi casa invoca al Cristo de los Milagros, al de los templos y mercados; alguien pide por su salud. Los ancestrales consultan los caracoles, piden a Elegguá, *aché pa ti*.

Por la tarde, en Miraflores, cantó, le cantaron; el arpa sonó recia, animosa, traía un camino de flores.

La melodía lo llevó a recordar al corneta del batallón Farfán, muchacho de pie virado que no servía para el trote severo, condecoraciones y soles que concede la armada.

Luego, describió un pueblo selvático, megáfonos, plaza y retreta dominguera, propicia para invitar al softbol. Habló de su escalada al Chimborazo. Nos conmovió.

Desde su ventana se mira el verdor de un país digno.

Amigo, el manojo de llaves está encima de su escritorio, vuelva pronto para que las entregue a los sin casa de la tierra.

Ellos lo esperan, nosotros lo esperamos.

Entre usted y nosotros crece una llama de optimismo. Tierra yerma que va del polvo al fruto.

OCTUBRE

4/10/2012

(Fragmento)

Todo lo que va a ocurrir bajo el sol
tiene su hora.

¡Dios, envía tu música! Hoy los gatos
cantarán su triste luna
sonarán como latas en el cielo.
Relámpago de pájaros. Se agrieta el firmamento
como piel de báquiro.

Hablaste de una llama consumida hacia polvo
y hacia nada.

Niño pregonero de la dulcería, peloterito de la sabana,
allá en Sabaneta de Barinas,
trozabas el aire con un rabo de cerdo.

El estadio de San Francisco Gigantes, no te vio
colgando ceros.



Esos trapos, el hambre y la sed
sequía y lluvia, hierros que quedan después de la guerra;
construir una casa, parar los tablones de los bueyes,
recoger lo sembrado:
citabas al Ecclesiastés seguro de tu victoria.

Tiempo de recoger lo plantado.

Corría aquel año 2012, octubre rojo, día 4, ante una
multitud de desheredados, el hombre se paseaba
de un lado a otro empapado como un caballo de lluvia.

La gente no pedía pan, sino unos maderos para irse
con él, más allá de la Bolívar, a lomo de burro, sobre la
luz muda de la tarde:

lontano, donde se forma una horqueta en el camino y
sucedes sobre el polvo y quedas para siempre como
un araguaney sombreando la sabana.

—Eso es bueno, dijo, porque la tierra enamora.

De noche floreces de cocuyo,

se ve como cien pueblos iluminados, todos
cantando—.

—Mi comandante, le gritaban en el oleaje: quédate.
Tiempo de ganar —respondía la multitud: con esta
lluvia lavamos la sangre de nuestros mártires.

Las palabras brillaban en circunferencia, daban vuelta
por todos los sitios de Caracas y regresaban a su boca.
El comandante en gesto de obsequiar flores para los
más vecinos a su alegría, alzó su mano hacia un cielo
atún y espuma plateada. Bailaba y cantaba su guataca
de muchacho divertido. Entraba en nuestras casas.

Yo lo vi ascender ese día, formando remolinos por los
barrios de Venezuela, llevaba su bate y guante de
beisbol, la gorra azul de su preferencia.

Lo acompañaban Cristo Redentor, la Virgen de Coromoto,
Guaicaipuro, Eleggua y espíritus de la sabana.

Ese día, se movieron las montañas y su gente;

los pobres llegaban con sus ranchos empinados,
todos juntos como tambores de cuero;
los edificios entromparon con sus avisos luminosos, montados
en motocicletas; la ciudad entraba con su rueda mecánica
por la avenida Bolívar, la pisada de los desheredados
crujía en el asfalto.

El día se marchaba como una naranja gris
por los abismos del cielo
sonaba como tacada de billar
anotada en los salones del Radio City

El día quiebra su arco de cenizas.

El sol toca su clarín de miel.
Coloca su cresta colorada sobre las antenas de los edificios,
se esconde en los callejones de la ciudad,
pasa como un hilo de cobre hasta los pies de un gato,
la luz se derrama, mojada, en los rostros de la multitud.

Rompe los cristales detrás de unas bombonas de gas.

Saluda.

Se marcha.



MANOS BLANCAS

Los que incendiaron los árboles de la avenida Bolívar,
reventaron las tanquillas,
arrojaron flores al rostro de mi amor.



Los que vinieron de antepasados,
metidos en sus castillos y se llamaron fundación, grillete
sífilis y empalamiento.



Los que se fueron a las puertas de los cuarteles
con mamá, el primo Donald, el tío Humberto a gallinear,
cantos de guerra, consignas de patria las suyas
y abrieron el cráneo a la joven guardia nacional
y provocaron la refriega.

Manos blancas batiendo palmas de libertá, libertá, libertá, aguas
pacíficas, curiosa la sangre que nos corresponde, he aquí la
crónica.

Ese día el compañero José Aníbal
Oliveros Yépez

salió con su casa al hombro, claro que tenía una puerta dos
ventanas y un sol sobre el tejado, aquella casa plena de pájaros,
pero ellos se la empujaron hacia la muerte.

Viva nadie o vivo yo en el próximo minuto de mi sombra les gritaba
José Aníbal, mientras el violador de la banda
13 desnudaba a la joven policía en el asfalto de Mérida.

Yo le rogué que no lo hiciera, pero él se paró en sus pezuñas y me
hizo arrodillar, él chillaba como rata, tenía alas de murciélago. En
el lugar del corazón, se le veía un amasijo de gusanos, muñones
como alas, con esas alas voló a las oficinas del rectorado; allí lo
titularon.

Luego declaró:

habito en un odio de pantalones cagados, así lo aprendí por la
televisión.

Desde ese instante duermo en Ciudad Aquelarre,
sueño con
vientos de faldones morados y velas derretidas.

Entre las paredes oigo el ímpetu lascivo de los curas cómo se
sodomizaban los unos entre los otros.

Me registraron en su libro de huésped, aparecí en los estudios de
la Nunciatura Goldwyn Mayer S.J. esnifando el humo del incienso y
el olor de los confesionarios.

¿Qué dirá el Santo Padre a los *ragazzos* de la vía Gomorra?

La academia abrió las bisagras del entendimiento, allí brillaba todo
como hueso pelado y ocurrió el milagro,
Togado, compartí colegio con los reyes de Babilonia.

En Europa se comenta el suceso, prometen días de gloria.

En la camioneta Valle-Coche comentaban el
acontecimiento.

¿Qué dirá el santo Padre de Roma?

—dijo uno. ¿Afectará al sistema solar?

—Dijo otro

¿A la vaca al jabalí? —dijo el chofer.

Claveles rojos.



BALADA PARA EL HIJO DE MARÍA Y EL CARPINTERO

Señor,
deja a tu muchacho entre nosotros.
Lo necesitamos.
No es chico malo mi amigo,
Solo le dio por marcharse por esos caminos
de humo, tempestades y brillo.
Ayer desayunó temprano, cantó al agua de los ríos,
la sombra de plata de los peces; se fue a desalambrar tierras
y repartir con los suyos los frutos del mar.
Esto es el principio: los ferrocarriles van entre los árboles,
resplandecen
de hermoso niquelado, pasan veloces:
suenan como tropel de caballos.
A esta hora los operarios atornillan los rieles.
El maquinista no se ha comprado aún su reloj de oro.
La tubería de gas cogió camino al fondo del océano,



pasó por Colombia hacia los telares de China.
Necesitamos tu máquina celestial para medir el sueño
del amor.

Viejo, ve al fondo del salón y selecciona otro disco:
la noche está tan bella,
todo es silencio y calma; dale aguja a la llama viva del rocanrol,
algo de la pianola Mozart, joroperas de la brisa.

Dicen que bailas solo y lloras cuando escuchas *blues*.
Eres un sentimental.
Deja la cosa, cierra el grifo: sóplate los papeles de la guerra.
Me agradas, aunque a veces no entiendo cuando tiras la puerta
y se rompen los vidrios en los terremotos de Japón.
En la vaguada de La Guaira se vino el mar cabeza abajo.
Si tu hijo caminó sobre las aguas, podemos hacerlo.
Danos la oportunidad para voltear el marcador.
Las bestias feroces están conversando cerca de casa,
suenan y cantan
la cacerola.

Señor, deja a tu muchacho entre nosotros.

Lo necesitamos.

De verdad George Harrison te vio haciendo pulso con John Lennon.

Ese día, Ringo volaba los anillos por la ventana,
sonaban en el aire como la paloma del Espíritu Santo.

Dylan predecía la tormenta sobre la Casa Blanca,
Janis daba alaridos en su carrusel

Recuerdas.

Te agradecí por haberme permitido dar el leñazo sobre segunda,
en aquella caimanera

polvorienta y soledad, la ceremonia fue como la hacen
los grandes ligas

un beso volado al cielo, tu antigua casa.

Mi Dios, yo supe del animal, sus colmillos

las grietas de su piel.

Lo vi invitar a palacio con los suyos, aquel marino, el cura,
el payaso

el hombre de cabeza ovoide.

Tenía pezuñas de cabro el animal
y una marcha que lo celebrada como si fuese
una burriquita heroica.

Aquello venía por la autopista,
invitaba a palacio.

Chillaba, pedía sangre.

Cabeza calva, zapatos blancos
tocaba el piano como si fuese la última vez.

Bailaba, patas arriba a la sombra
enseñaba el pudor de sus vísceras
tenía hambre: todavía no se había comido
la pared del Liceo Fermín Toro
solo fue un intento.

Señor, Tú sabrás qué hacer, aquel día de abril se llevaron a mi
amigo para que durmiera entre culebras y alimañas. En la cueva
hablaban alto, ruidos de burras salían de sus bocas, silbaban
candela, caminaban por el salón en punta de casco.

No mientas, viejo, tú ayudaste. Esa madrugada regresaste a mi amigo del averno. Estoy preocupado, Tú lo sabes, no vine a conversar contigo un tratado de teología acerca de tu presencia. Escucha.

Si cumples, yo te regalo un casco de acero
y una casa de plomo con un huerto para tus rosas.

Puede que venga la próxima guerra.
Piénsalo.

Deja a mi amigo entre nosotros.
Dios te bendiga Dios. Y amén.

Índice

Carta al señor presidente de los Estados Unidos de América 5

P.D. He aquí mis confidencias

Querido Pájaro	48
Soy un paisaje	56
Amo a Norteamérica	67
Tengo una culebra contigo	70
Venezolanito que vienes	77
Querido arañero	81
Octubre	89
Manos blancas	94
Balada para el hijo de María y el carpintero	98

La edición de este libro culminó durante el mes de octubre de 2019, su publicación en internet se inició en el mes de noviembre del mismo año.



William Osuna

Caracas. Poeta, editor y docente. Coordinó el plan de alfabetización del barrio Los Erasos (1985). Fue editor de la *Revista Nacional de Cultura* (1984-1997), y *En El Camino* (2002-2007). Dirigió la revista cultural *A Plena Voz*. Entre sus obras: *Mas si yo fuese poeta, un buen poeta* (1978); *1900 y otros poemas* (1984); *Antología de la mala calle* (1990 y 1994); *Miré los muros de la patria mía* (2008). Entre las distinciones recibidas figuran: Premio Nacional de Literatura (2007); Premio Municipal de Literatura, Mención Poesía, Distrito Federal, 1983; Premio Nacional de Literatura (2006-2007).

Diametralmente opuesto a cualquier poesía panfletaria, *Carta al señor presidente de los Estados Unidos de Norteamérica*, es un grito de guerra lanzado en justa conciencia de rebelión libertaria. Erguida su voz, como asta de estandarte, William Osuna, en este libro, desafía a toda tiranía, a toda nube que intente empañar la integridad del libre albedrío humano. Textos que se arraigan en la conciencia, permanecen en el alma y ahí germinan, palabras que se graban en resonancias vibrantes y profundamente emotivas; he ahí la ofrenda poética que nos espera en estos apasionantes versos.

Ximena Hurtado Yarza



Gobierno Bolivariano
de Venezuela



Alcaldía
de Caracas